EL LAZARILLO DE TORMES

Por DIEGO HURTADO DE MENDOZA

I

EL CIEGO

HABÉIS de saber, en primer lugar, que mi nombre es Lazarillo de Tormes y que soy hijo de Tomás González y de Antonia Pérez, naturales de Tejares, aldea de la provincia de Salamanca. Mi padre estaba empleado en vigilar los trabajos en un molino de agua, situado junto al río Tormes, del cual tomé yo mi apellido; y apenas había alcanzado yo los nueve años de mi edad, cuando le pusieron a buen recaudo por ciertas copiosas, aunque imprudentes sangrías, que practicaba en los sacos de los parroquianos. Habiendo quedado sin empleo con este desastre, se incorporó, en calidad de mozo de mulas, a una expedición que contra los moros a la sazón se preparaba, y en esta empresa, lo mismo que su amo, acabó sus servicios y su vida con ellos.

Al quedar viuda mi madre, alquiló unos cuartuchos en la ciudad de Salamanca y abrió un mesón para estudiantes. Acertó algún tiempo después a hospedarse en él un ciego, y creyéndome a propósito para servirle de guía, pidió a mi madre que me dejara partir con él. Prometió tratarme, no como a criado, sino como a hijo; y de esta suerte abandoné Salamanca, con mi amo ciego y anciano. Éste tenía la perspicacia del águila para ejercer su oficio. Sabía oraciones para todos los casos y necesidades, y las rezaba con humilde y devoto continente. Adivinaba el porvenir y, con todo el respeto debido al arte de curar, os habría dicho que Galeno, comparado con él, era un infeliz. Con estas mañas sus provechos eran considerables.

A pesar de ello, siento verme obligado a decir que en mi vida di con un hombre tan roñoso y miserable; con la mayor frescura me habría dejado perecer de hambre, casi todos los días, sin importársele un comino; y, a decir verdad, de no haber tenido yo ingenio vivo y despierto para sacarme de apuros, habría dado en breve las últimas boqueadas, de pura necesidad.

El viejo tenía la costumbre de llevar la comida en una especie de saco o alforja de tela, que se cerraba con un candado, y al añadir o sacar algo, abría tanto el ojo que era casi imposible atrapar algún bocado. Sin embargo, por medio de un agujero que sigilosamente abrí en una de las costuras, logré cogerle los mejores.

Mientras comía tenía junto a sí un jarro de vino, y yo adopté la costumbre de darle continuos y amorosos, aunque furtivos besos. El vino, que disminuía rápidamente, delató pronto el fervor de mi pasión; y el viejo se decidió a atar por el asa el jarro a su persona. Entonces me procuré una larga pajuela, que sumergía yo en la boca del jarro; pero el viejo marrullero debió de oirme sorber, porque colocó el jarro entre sus rodillas, tapando la boca con la mano.

Abrí entonces un pequeño agujero en el fondo del jarro, y le cubrí cuidadosamente con cera. Así, mientras el pobre hombre estaba sentado junto al fuego, el calor derritió la cera y yo, poniendo mi boca en la abertura, recibí todo el contenido del jarro. Quedó tan admirado y enfurecido el viejo, que creyó ser ello obra del mismo diablo. Pero descubrió, por mi mala ventura, el agujero, y al día siguiente, al colocarme yo debajo del jarro, le descargó con tanta furia sobre mi boca que me hizo saltar casi todos los dientes y me cortó horriblemente la cara con los pedazos de la estrellada vasija.

Además de eso me maltrataba continuamente; con el más fútil pretexto me azotaba sin compasión. Si una persona, movida a piedad, quería interponerse, contaba inmediatamente la historia del jarro; entonces el otro se echaba a reir, exclamando: « Sacúdele bien el polvo,

buen hombre, que bien merecido lo tiene». Determiné vengarme de los malos tratos del viejo, y aproveché la ocasión un día en que llovía a mares y el arroyo se había desbordado por la calle. Le conduje a un sitio donde la corriente pasaba junto a una columna de piedra y le invité a saltar, diciéndole que allí el agua era muy estrecha. Saltó el ciego, y pegó tal porrazo con su cabeza en el pilar, que cayó allí mismo sin sentido. Yo tomé al momento las de Villadiego, sin pararme a saber qué había sido de él.

II

EL CURA

Al siguiente día llegué a un lugar que se llama Maqueda, donde, en castigo de mis maldades, tropecé con cierto sacerdote. Me acerqué a él para pedirle limosna, y él me preguntó si sabía ayudar a misa. Le contesté que sí, y era la pura verdad, porque el ciego me había enseñado. Al oir mi respuesta, el cura me tomó a su servicio.

Como dice cierto antiguo refrán, en este trueque de amos no hice más que huir del fuego para caer en las brasas. El cura era, sin excepción, el más mísero de cuantos avaros he conocido. Tenía una vasta y antigua alacena, cuya llave llevaba siempre consigo; y cuando traían de la iglesia el pan de las ánimas, lo metía con sus propias manos en la alacena y daba vuelta a la llave. No había otra cosa, en que hincar el diente, que una sarta de cebollas, de las que me daba una cada cuatro días. Cinco ochavos de carne era cuanto compraba para la comida y la cena. Es verdad que partía conmigo el caldo, pero mi porción de carne era tal, que sin perjuicio la habría podido yo meter en mi ojo, en lugar de la boca; pero, por suerte, atrapaba algunas veces algún bocadillo de pan.

Al cabo de tres semanas de este régimen, estaba yo tan extenuado que casi no podían sostenerme mis piernas. Un día, mientras el ladrón de mi roñoso amo estaba fuera, llamó a la puerta un ángel, en figura de calderero, y preguntó si había algo que componer. Tuve una súbita inspiración. «He perdido la llave de la alacena», le dije, «¿podéis venderme otra?» Sacó un manojo de llaves y con una de ellas ¡oh suerte feliz! abrió la alacena. «No tengo dinero», dije a mi salvador, «pero dejadme la llave y comed cuanto os plazca». Así lo hizo, sin esperar a que se lo repitiera, y yo, después de él, en cuanto se hubo marchado.

Pero no era mi destino que tal suerte durara: al tercer día sorprendí al cura contando y volviendo a contar los panes. «Si no estuviese seguro de la cerradura de esta alacena»,—dijo por fin,—«creería que alguien viene a robarme el pan». «Pero desde hoy voy a contarlos: quedan nueve y una rebanada».

«Que nueve maldiciones te partan, miserable mendigo!» murmuré para mi coleto. Lo más a que me atreví durante los siguientes días fué a roer acá y acullá la corteza. Por fin, se me ocurrió que, siendo vieja y quebrantada en algunos sitios la alacena, ¿no podía verosímilmente creerse que los ratones habían penetrado en ella? Empecé a coger entonces un pan tras otro, hasta que tuve buena provisión de cortezas, que saboreé como si fueran peras de dulce.

El cura, al volver a casa, observó con terror los estragos. «¡Malditos ratones!» exclamó. «¡Que no pueda haber nada a salvo de sus dientes!» Me fué muy bien la comida aquel día, porque el cura cortó todo lo que los supuestos ratones habían roído en el pan y me lo dió, diciendo: «Toma; cómete eso: los ratones son animales muy limpios». Pero ví mi gozo en un pozo, cuando el cura empezó a clavar trozos de madera en los agujeros de la alacena. Todo cuanto pude hacer fué practicar otras aberturas con un viejo cuchillo, hasta que al cura se le ocurrió armarles un lazo a los ratones, poniéndoles como cebo unos pedacitos de queso que pidió a los vecinos. No me pareció menos sabrosa la corteza de pan por añadirle el queso que servía de cebo. Casi muerto de asombro el cura, al encontrar roído el pan, desaparecido el queso y ni el más miserable ratoncillo cogido en la trampa,

consultó el caso con los vecinos, y con indecible espanto oyó que el ladrón podía ser una culebra.

Para mayor seguridad guardaba yo mi llave en la boca, lo que no me causaba ninguna molestia, porque mientras estuve con mi amo ciego me acostumbré a ocultar en la boca los cuartos que le robaba. Pero una noche, a punto ya de dormirme, quiso mi mala suerte que de tal modo estuviera colocada la llave en mi boca que, con la respiración, producía un ruido como de silbato. Mi amo creyó que era el silbido de la culebra; se levantó de la cama, y armado de un garrote se acercó al lugar de donde procedía el sonido, y luego, alzando su bastón, descargó con todas sus fuerzas un tremendo golpe sobre mi infortunada cabeza. Fué a buscar luz, y al volver con ella me encontró gimiendo y con la llave delatora que asomaba en mi boca.

« ¡Gracias a Dios! »—exclamó;—« ¡por fin he descubierto a los ratones y culebras que durante tanto tiempo han devorado mis provisiones!

Tan pronto como estuve curado de mis heridas me puso de patitas en la calle; lo mismo que si yo hubiera hecho pacto con el espíritu maligno.

III

EL POBRE CABALLERO

Con auxilio de algunas compasivas personas emprendí el camino de Toledo, donde viví algún tiempo pidiendo limosna de puerta en puerta. Pero un día encontré a cierto caballero; iba bien vestido y tenía trazas de persona acomodada.—« ¿Buscas amo tal vez, muchacho? »—me preguntó. Le contesté afirmativamente y me ordenó que le siguiera.

Por una lúgubre y obscura entrada me hizo penetrar en una casa enteramente desprovista de muebles; y todas las esperanzas que yo había concebido al tomarme a su servicio, se desvanecieron al decirme que ya se había desayunado, y que no acostumbraba a tomar nada más hasta entrada la noche. Sobremanera afligido empecé a comer algunos mendrugos de pan que conmigo traía. « Ven acá, muchacho »,—me dijo mi amo.—« ¿Qué es lo que comes? »—Le mostré el pan.—« Por vida mía »,—exclamó,—« que me parece rico el pan éste; »—y cogiendo el mayor pedazo le hincó el diente con gran apetito.

Al entrar la noche, cuando esperaba yo la cena, dijo mi amo:—« El mercado está lejos y en la ciudad abundan los bribones; miremos de pasar la noche como mejor podamos, que mañana será otro día. Nada conserva tanto la vida como el comer poco ».

« Si así es, en verdad que yo nunca moriré »,—me dije desesperado.

Pasé la noche miserablemente echado en un duro catre sin un colchón siquiera. A la mañana siguiente se levantó mi amo; lavó sus manos y cara, enjugándose con sus ropas a falta de toalla, y empezó a vestirse cuidadosamente con mi auxilio. Habiendo colgado de su cinto la espada, salió para oir misa, sin hablar palabra de desayuno.—« ¿Quién creyera », dije para mí al verle avanzar por la calle con gentil talante y gallarda apostura, «—que este noble caballero pasó el día de ayer sin otro alimento que un mendrugo de pan? ¡Cuántos hay en este mundo que voluntariamente sufren más por su idea del honor de lo que soportarían con tal de lograr esperanzas eternas! »

El día iba avanzando y mi amo no volvía: mi confianza de obtener una comida se desvaneció como la de desayunarme por la mañana. Poseído de desesperación, salí a mendigar, y era tal la habilidad que había adquirido en este arte, que volví a casa con cuatro libras de pan, un pedazo de mano de vaca y algunas tripas. Encontré a mi amo, el cual no desaprobó lo que yo había hecho.

—« Es mucho mejor pedir por amor de Dios », dijo, « que robar. Sólo te recomiendo que de ningún modo digas que vives conmigo ».

Cuando me senté para dar principio a la cena, mi pobre amo se quedó mirándome con tal ansia pintada en sus ojos que quise invitarle a compartirla con-

migo, aunque cierto recelo de que tomase a mal mi atrevimiento me detuvo. Pero pronto se vieron cumplidos mis deseos. —« ¡Ah! »—exclamó, « es deliciosa la mano de vaca. No hay plato que más me guste ».

—« Entonces pruébela su merced », contesté, « y verá si está tan sabrosa como la que ha comido en otras ocasiones ». Apenas acabé de decirlo, cuando se echó sobre el plato como un lebrel hambriento.

De este modo pasamos ocho o diez días; saliendo mi amo a tomar el aire todas las mañanas con el más libre y desenfadado continente del hombre de moda, y volviendo a casa a refocilarse con las dádivas que el pobre Lázaro obtenía de las gentes caritativas. Así como mi primer amo rehusaba mantenerme, éste esperaba que yo le mantuviera a él. Pero yo me sentía más apenado de él que irritado contra él, y a pesar de su pobreza, encontraba mayor satisfacción en servirle que a cualquiera de los otros dos.

Al cabo de algún tiempo se presentó un hombre reclamando el alquiler, que de ningún modo podía pagar mi amo. Respondióle muy cortésmente que salía a cambiar una moneda de oro y se fué, en efecto, pero no volvió. A la mañana siguiente vino el hombre a embargar los efectos de mi amo, pero no hallando nada, me prendió a mí. Pero en breve se probó mi inocencia, y fuí puesto en libertad. Así perdí a mi tercero y más mísero señor.

IV

EL TRAFICANTE EN INDULGENCIAS

Mi cuarto amo era un santo fraile, muy diligente y solícito en toda clase de negocios y diversiones mundanas. Me hizo trotar de tal modo, sin darme un instante de reposo, que no pude resistir más, y le dejé sin pedirle permiso.

El amo, que después de éste me deparó la fortuna, era un bulero o traficante de indulgencias papales, uno de los pícaros más astutos y desvergonzados que he conocido jamás. Practicaba toda suerte de engaños, y recurría con frecuencia a las más sutiles invenciones para lograr sus fines. El relato de sus artificios llenaría un volumen, pero quiero explicar tan sólo una simple intriga, que bastará a daros alguna idea de su genio e inventiva.

Había predicado por espacio de dos o tres días en un lugar cercano a Toledo, pero, a pesar de ello, despachaba con lentitud sus indulgencias. No sabiendo ya qué hacerse, invitó al pueblo a que acudiera a la iglesia para despedirse de él a la mañana siguiente. Después de cenar en la posada aquella noche, empezó a reñir con el alguacil, injuriándose mutuamente y llamando mi amo ladrón al alguacil y declarando éste que el bulero era un impostor, y que sus indulgencias eran falsas. Y no se acabó la querella, hasta que el alguacil fué conducido a otra posada.

A la mañana siguiente, mientras mi amo pronunciaba su sermón de despedida, entró el alguacil en la iglesia y públicamente le dirigió el mismo cargo que la víspera, es decir: que las indulgencias estaban falsificadas. Entonces mi piadoso amo se prosternó de rodillas en el púlpito, exclamando:—« ¡Oh Señor! ¡Tú conoces cuán cruelmente soy calumniado! Te ruego, pues, que con un milagro hagas patente la verdad del hecho. Si mi obra es inicua, que se hunda conmigo este púlpito siete brazas bajo tierra; si es falso lo que se me imputa, que sea castigado el autor de la calumnia, para que todos los presentes salgan de aquí convencidos de su malicia ».

Apenas había terminado esta súplica cuando el alguacil cayó en tierra, echando espuma por la boca, y presa de horribles convulsiones. Ante tan visible intervención de la Providencia se levantó un clamor general en la iglesia, y algunas personas, horrorizadas, imploraban a mi santo amo, que todavía estaba de rodillas en el púlpito, con los ojos vueltos hacia el cielo, para que intercediera en favor del miserable. Replicó él que los que Dios castigaba no eran dignos de lástima, pero que como estamos

obligados a devolver bien por mal, trataría de obtener el perdón del desgraciado. Expresando el deseo de que todos los presentes rogaran por el pecador, ordenó que se colocara la santa bula en la cabeza del alguacil. Poco a poco se calmaron los sufrimientos del infeliz, y cayó, por último, a los pies del santo enviado, implorando su perdón, que le fué concedido con suaves palabras de misericordia.

Grande fué desde aquel momento la demanda de indulgencias; las gentes acudían en tropel de todas partes, de modo que ya no fueron necesarios más sermones en la iglesia para convencerles de los beneficios que las indulgencias reportaban a quien las adquiría. Confieso que en aquella ocasión yo fuí uno de los engañados, pero más tarde, viendo el regocijo y oyendo las broncas a que esto dió lugar entre el santo delegado y el alguacil, empecé a sospechar que todo había sido fruto de la fértil imaginación de mi amo, y desde aquel momento cesé de ser un hijo de la gracia. « Porque », me decía a mí mismo, « si yo que lo he visto todo con mis propios ojos, me he dejado casi engañar con esta impostura, ¿cuántos de esos infelices inocentes no serán víctimas de esos embaucadores? »

Al dejar al bulero, entré a servir a un capellán, y éste fué el primer paso que dí hacia una vida cómoda y desahogada, porque en su casa me traté a cuerpo de rey. Habiéndome despedido del capellán, me tomó a su servicio un alguacil. Pero no continué mucho tiempo sirviendo a la justicia, porque el Cielo se dignó iluminarme y ponerme en mejor camino. Cierto caballero me procuró un empleo con paga del presupuesto; le guardé y me fué muy bien en él, con ayuda de Dios y de los buenos parroquianos. En realidad mi oficio consiste en pregonar el vino que se vende a pública subasta, etc.; en aguantar la compañía de los que sufren persecución por la justicia, y en publicar sus faltas en alta voz, a la faz del mundo.

Hacia este tiempo, el arcipreste de San Salvador, al cual fuí presentado y que me debía algunos favores por haber pregonado su vino, me mostró su agradecimiento permitiéndome formar parte de su servidumbre. Entonces me encontré yo en la cumbre de mis destinos, y la fortuna me prodigó sus favores. Yo creía que esta feliz condición no cambiaría nunca, pero en breve empezó la suerte a mostrarme otros aspectos muy distintos, y las miserias y dificultades comenzaron a eslabonarse unas con otras, formando interminable cadena . . . pero el relato de ellas sería tarea demasiado cruel para que yo la intente.

LA MARIPOSA

NO contenta la vana y voluble mariposa de poder cómodamente revolotear por el aire, quiso, fascinada por la agradable llama de una bujía, volar por encima de ella. Mas ¡ah! su alegre vuelo le fué ocasión de rápida desventura, quemándose en la luz sus delicadas alas; y la misma mariposa, cayendo chasmuscada a los pies del candelero, después de mucho llanto y arrepentimiento, secó las lágrimas de sus ojos y, levantando la mirada a lo alto, exclamó:

—¡Oh luz falsa! ¡A cuántas, como a mí, debes de haber engañado en anteriores tiempos! ¡Oh! ¿Por qué yo, ávida de luz, no advertí cuán falaz era el esplendor del asqueroso sebo?